

La mirada según Marcos-Ricardo Barnatán



Ante las Pintarradas de Jorge Rando

Quizá no estemos muy lejos de la vieja idea de que una misma mezcla compone los sueños de la noche y los sentimientos del día. El alma del artista puede y consigue cambiar de lugar las fronteras y fructificar en sus pintarradas un sueño interior, y considerarlo mucho menos ilusorio que la realidad cotidiana. Ese ejercicio de libertad absoluta le hace escapar también del tiempo, sustraerse de él, y hacer que las figuras evocadas por su pincel contengan parte de su propia pasión.

Entre todos los prodigios que se le han asignado a Pitágoras el que más nos fascina es saber que era capaz de diferenciar un sueño verdadero de un sueño falso. Virgilio distinguió entre las dos puertas por las que entra el sueño: la construida de cuerno y la construida de blanco marfil. La hecha de cuerno deja pasar a las sombras verdaderas, y la de marfil reluciente a las sombras falsas.

Esa parábola señala una diferencia ética, como siempre que hablamos de verdad, porque la verdad no es una categoría que conviene a las cosas sino a los discursos, y el discurso pictórico que nos propone Jorge Rando es un discurso eminentemente ético. Los sueños verdaderos, los que para Virgilio entran por la puerta construida de cuerno, la más opaca, en esa frontera que el artista puede traspasar y traspasa, establecen un puente intencionado, cargado, nada inocente. Lleno de voluntaria y expresamente de voces, y también de pasión, de pathos, de simpatía con el mundo. Sinergias que instalan en al espectador ante nuevas metáforas de lo real y que convocan rápidas y lúcidas a sus sentimientos. Sentimientos estéticos, por supuesto, pero también conmovidos, aflorantes.

Con cuatro trazos nos coloca, por ejemplo, en una doble piel; la del animal solo, pura mirada sin ojos, llena de sentimiento- ese sentimiento que los ojos del perro saben transmitir como pocas fuerzas de la naturaleza- y también la del hombre, solo, que mira. El perro sin ojos devuelve la mirada dolorida del hombre, y el cuadro, encuentro de una mirada pintada y eficaz y otra, sorprendida, emocionada y lúcida, es un espacio de soledad total. La soledad de la pintura, del acto de pintar. El perro que es una sombra en el paisaje, unas líneas, unas manchas, es pura expresión: de soledad, de dolor.

II

La mirada a una pintura siempre es instantánea. En una porción ínfima de tiempo percibimos el espacio enmarcado por el cuadro.

Un solo golpe de vista y todo el impacto pretendido por el artista se concentra en nuestro cerebro y araña nuestra sensibilidad. Un arañazo instantáneo, una concentración de tiempo que renueva la vieja batalla. Sobre todo cuando las formas trazadas se adelgazan y superponen, gestos y golpes de color apenas emparentados con los supuestos modelos, con los paisajes y espacios a los que oblicuamente se refieren, nos refieren. Y en esa distancia ensoñada entre la obra y lo real, aparecida instantáneamente como otra realidad tercera, la herida mental que nos produce, la que nos exige una urgente elaboración. Y así concatenan las visiones y las versiones.

No hay grandilocuencia en la alquimia de Rando. Para producir sus impactantes papeles no recurre más que a una sencilla evocación de las formas: a veces solo la pureza abstracta de la geometría, sus entramados o marañas, sus rejas, cuadrículas o dameros; a veces sugiriéndonos

La mirada según Marcos-Ricardo Barnatán



el contorno de algunas presencias soñadas en la realidad. El espacio creado por su tiempo tiende a fragmentarse y cada trozo del cuadro a destilar o un color o un enigma. A veces el color y el enigma van juntos, a veces se separan, se contradicen, se oponen, se niegan. Y en esa tensión de fuerzas y formas se perpetra la venganza del tiempo, que asoma defendiendo al idea de lo sucesivo frente a la pretensión inmóvil del espacio. Acumulación de formas, reiteración transgredida de formas. Seriación de motivos, reiteración de las imágenes.

III

Francis Bacon escribió: “Nos cansamos de lo decorativo. El hombre está obsesionado con sí mismo. Algún día quisiera atrapar un instante de la vida en toda su violencia y en toda su belleza. Eso sería la pintura definitiva”.

Los paisajes con figura de Rando, esas pintarradas rápidas y feroces, nos hablan de lo que pasa dentro mediante lo que vemos fuera. Los pinceles y los pigmentos meramente gestualizan lo interno, y si las formas parecen reconocibles y lo son, es para que mejor sirvan como palabras de un lenguaje cifrado, secreto. Un mensaje escrito desde la pasión, en el sentido de movimiento glorioso del alma y también de sufrimiento purificador.

Así, acudirá cada vez más al gesto, a los trazos simplificados y elementales, a referencias figurativas puntuales que lo acercan a los fauves o mejor, al neofauvismo informalista de los años sesenta. Naturalmente, el pintor es consciente de que su trabajo es contradictorio. De un lado, contar lo de dentro, de otro, enfrentarse a una realidad siempre inasible, le producirá esa sensación de sospecha y recelo ante la realidad y también ante el arte. No, no es “decorativo”. ES inquietante.

Pasión y recelo impedirán cualquier encorsetamiento de la realidad en fríos modelos apolíneos, aunque no es raro percibir en alguno de sus cuadros la infinita nostalgia del orden primigenio. Es el precio de la mirada apasionada que caracteriza a toda una tendencia de la posmodernidad. Una pasión y una nostalgia que no pueden ya dejar de ser conscientes, y por tanto, dolorosas.

En suma, el Jorge Rando que comparece ahora con sus pinturas sobre el papel viene de lejos. Después de las bicicletas, de los grupos humanos, de los caballos y su vitalidad, las cabras, los niños, los bosques como pintados por niños, llegan los perros con esa suavidad salvaje y domesticada, esa soledad plenamente humana, y la libertad del óleo sobre el papel. Esos perros solitarios y angustiados que convocan de inmediato la imagen del perro arquetípico de la modernidad, ese perro paterno y casi invisible que pintar Goya antes del destierro.

La mayor satisfacción de un artista es poder crear, y alcanzar una voz propia y singular, y que esa creación haga mejores a los demás, a los que hoy, mañana y pasado mañana puedan sentir alguna de las emociones y puedan compartir alguno de los sentimientos que él nos dejó pintados.

El artista, entonces, alcanza lo mejor de lo humano.

“Un hombre que no ha intentado nunca hacerse semejante a los dioses-escribió Paul Valéry- es menos que un hombre”. Ese es el privilegio, y quizá el deber, de un artista verdadero.

Marcos-Ricardo Barnatán